

n o t i c i a s

Guillermo Pérez Castro Lira (1952-2003)* In memoriam

*Daniel Juárez Cossío***

Intentar el bosquejo de una vida no es tarea fácil, particularmente cuando sólo conservamos fragmentos dispersos de algunas experiencias compartidas. Así ocurrió con Guillermo, con *El Guarús*, a quien conocí durante las excavaciones en el claustro de San Jerónimo; años ya distantes que parecen evocar amaneceres inciertos, atenazados sólo en la certeza de los sueños.

Trazar una vida también es tarea compleja, pues a la vera del camino, los recuerdos suelen dispersarse para quedar abandonados entre los escom-

bros de la memoria, acaso quizás para aligerar la carga durante la marcha; sin embargo, como sombras retornan desbordando los recuerdos. Más allá de esta reflexión, me he propuesto desenterrar los fragmentos de la vida de Guillermo, en un intento por reconstruirla, tratando de esbozar con ella, a la manera del observador participante, el espacio que como generación compartimos, espero aproximarme a este propósito.

Por la vieja calzada de Tlacopan

Al iniciar la década de los años cincuenta, el pueblo de Tacuba, al igual que otros situados poco más allá de los límites de la ciudad, conservaba cierto carácter que el legado del romanticismo decimonónico definió como “de un sabor provinciano”, ya que constituían los últimos reductos donde aún se mantenían formas de vida y tradiciones que marcaban, drásticamente, la separación entre la ciudad y el campo. Quizá por ello, eran los espacios preferidos por la población inmigrante que allí se avecindaba en busca de oportunidades para lograr un mejor nivel de vida. Fue precisamente en este escenario donde nació Guillermo un 10 de agosto de 1952, hijo primogénito en el seno de una familia cuya urdimbre se tejió en ese barrio de la ciudad.

*Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.
danieljuarez@hotmail.com

**Al iniciar el mes de septiembre de 2003, me solicitaron la redacción de un texto en memoria de *El Guarús*, el cual sería incluido en el número 31 de la revista *Arqueología*. En aquel entonces, preparaba también una nota para *Diario de Campo*, la cual fue publicada en el número 60 correspondiente al mes de noviembre. Diversas circunstancias me obligaron a postergar este compromiso pero no a olvidarlo. Tras una intensa búsqueda en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología y con el apoyo de Pepe Ramírez, tuve oportunidad de revisar algunos documentos de *El Guarús* o relacionados con su trabajo, a partir de los cuales abordé una síntesis en estas notas. Me parece oportuno reconocer, en este sentido, que la redacción de esta semblanza no hubiese sido posible sin la generosa colaboración de los amigos: Pepe Ramírez entre ellos, Silvia Meza Dávila *La China*, que compartió conmigo sus recuerdos de generación; Margarita Carballal Staedler y Reina Cedillo Vargas de la Dirección de Salvamento Arqueológico, otro tanto. Finalmente a Lourdes Pérez Castro Lira, cuya amena conversación me guió entre los recuerdos familiares.

La historia de sus abuelos maternos nos conduce hasta Almoloya del Río, donde nació su señora madre, Soledad Lira Velázquez, hija de Francisco Lira Rodríguez y Gaudelia Velázquez Archundia. Doña Gaudelia nació en la hacienda de la Gavia, allí su padre, de origen vasco, se desempeñaba como administrador. Problemas familiares obligaron a que doña Gaudelia tomara el rumbo de la “ciudad”, decidiendo avvicindarse en el cercano pueblo de Tacuba para construir su casa en las actuales calles de Golfo de Gaves. Las aficiones de su marido al juego mermaron su patrimonio, cuando éste perdió la casa en una apuesta. Sin embargo, el tesón de doña Gaudelia y la miscelánea que administraba, le permitieron hacerse de otro terreno en Golfo de Bengala 59, casa que habitó Guillermo durante su infancia y adolescencia.

La familia paterna parece seguir la ruta trazada por un sino trágico. Su señor padre, Guillermo Pérez Castro de la Rosa, fue el tercer hijo del matrimonio formado por Rafael Pérez Castro y Herlinda de la Rosa, originarios de Ciudad Juárez, Chihuahua y la ciudad de Zacatecas, respectivamente. Don Rafael fue militar de carrera y responsable en el almacén de artillería del ejército. Poco antes de cumplir cuarenta años y siendo muy pequeños sus hijos, murió a consecuencia de un lamentable accidente mientras uno de sus oficiales limpiaba un rifle; doña Herlinda no soportó la pena y falleció apenas unos meses después, dejando en la orfandad a sus cuatro pequeños hijos: Guadalupe, la mayor de cinco años, Rafael de tres, Guillermo de dos y Óscar con apenas seis meses. Iniciaba la década de los años veinte cuando los pequeños quedaron desamparados: Guadalupe fue asistida por una tía, mientras que Rafael y Guillermo fueron trasladados a la Ciudad de México para internarlos en un orfanato de Tacubaya, del pequeño Óscar nunca, nunca se volvió a saber...

Cuando adolescentes, un cuñado de doña Herlinda recogió a los hermanos para llevarlos a vivir con su familia en Zacatecas donde permanecieron algunos años. Sin embargo, diversos problemas con los parientes adoptivos los

orillaron a huir, siguiendo el rumbo de Ciudad Juárez en una infructuosa búsqueda de sus allegados paternos. Vida dura y difícil la de aquellos años en pos de oportunidades tanto en la zona fronteriza como en la Unión Americana, hasta que don Guillermo logró conseguir un empleo en el ferrocarril. Debió ser en los años cuarenta cuando doña Soledad y don Guillermo se conocieron allá en Tacuba, allí crecieron sus hijos Guillermo y Lourdes; nunca más regresaría a la aventura norteña.

En la escuela primaria Adolfo Cienfuegos y Camus, Guillermo inició su educación básica, posteriormente ingresó a la escuela secundaria núm. 15, Alberto Einstein, ambas instituciones en Tacuba. La preparatoria la cursó, entre los años de 1968 a 1970, en el plantel núm. 4 Erasmo Castellanos Quinto por el rumbo de Observatorio, destacándose, desde entonces, por su afición a la lectura y la historia.

En la ENAH

En 1972, tras una corta estancia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM donde inició los cursos de historia, Guillermo decidió inscribirse a la ENAH para estudiar la carrera de arqueología. Como toda coincidencia, al igual que otras tantas suelen acompañarnos marcando algunos senderos por los que transitamos, el 28 de abril del año que Guillermo y su generación ingresaron a la ENAH se publicó en el *Diario Oficial*, la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas. La referencia me parece significativa en términos de las oportunidades de aprendizaje e investigación que implicó para nuestras generaciones tal suceso, particularmente con la reordenación en algunas áreas del INAH y la creación del Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas, bajo cuyo ámbito se sujetó la delimitación de sitios, así como la elaboración de propuestas para su declaratoria.

Apenas en 1971 se habían desencadenado nuevas protestas estudiantiles que culminaron en el trágico 10 de junio, incorporando así, a

nuestra hagiografía antropológica, si no mal recuerdo, el nombre de Josué Rendón, quien perdió la vida en tan lamentables hechos. A lo largo de los años setenta, las aulas de la ENAH, en el Museo Nacional de Antropología, constituían un espacio efervescente de discusión académica y política, donde, desde la década anterior y tras la inflexión que significó el movimiento del 68, se gestaba una rápida transformación que cuestionaba los postulados de la antropología de corte culturalista. Se buscaban entonces alternativas hacia posiciones “críticas y científicas”, algunas introducidas por el eco de las corrientes surgidas desde 1959 con la publicación del trabajo de Joseph Caldwell, *The New American Archaeology*; otras escuelas, como la inglesa encabezada por David L. Clarke, pretendía integrar los enfoques surgidos de la teoría general de sistemas y del análisis locacional derivado de la geografía humana; además, y de manera muy significativa, la visión marxista, impulsada por algunos profesores llegados del exilio español.

El plan de estudios aprobado por la Comisión Mixta que sustituyó al Consejo Técnico, fue estructurado a partir de un tronco común de tres semestres que, teóricamente, ofrecía a los alumnos una visión “integral y crítica” de la antropología, cuyo eje epistemológico giraba alrededor del materialismo histórico, concebido como instrumento analítico y de acción política. En consecuencia, hasta el tercer semestre se cursaban las materias introductoras cuyos contenidos se orientaban hacia cada especialidad.

Otro de los rasgos distintivos de aquella ENAH, era el reducido número en la plantilla de estudiantes que ingresaban, aspecto que favorecía el acercamiento entre los pocos alumnos que integraban las diversas especialidades, como ocurrió con la generación de Guillermo, compartida por Silvia Meza para más señas *La China*; Mónica Tesch; Malena Ruiz; Fernando Cortés de Brasdefer; Jaime Garduño, alias *El Mochica*; Adriana Cover; Pedro Ortega; Tomás Gallareta; Trinidad Durán; Alejandro Salas; Angela Minzoni; Ángeles Segura; Leonor Merino y

Ricardo Velázquez. Es oportuno abrir un paréntesis para recordar que Leonor falleció en julio de 2002 y Ricardo en noviembre del siguiente año.



● Foto. 1 En San Jerónimo, 1978. (Fotografía D. Juárez).

La experiencia en Tula

En 1974 algunos de estos compañeros se incorporaron al proyecto Tula bajo la dirección de Eduardo Matos Moctezuma, con el propósito de realizar allí sus prácticas de campo. Agustín Peña Castillo, colaborador cercano a Eduardo, rápidamente entabló amistad con Guillermo, a quien sumó a su equipo de trabajo durante las exploraciones en Dainí.

El proyecto Tula, concebido bajo un enfoque integral, se desarrolló a partir del trabajo de área y con el propósito de estudiar su amplia secuencia ocupacional. En sus premisas fundamentales, buscaba recuperar y mejorar el modelo propuesto por Manuel Gamio desde 1917, apoyándose para ello en las nuevas tendencias de la teoría antropológica. Como experiencia y antecedente

te más próximo a esta visión, había sido el proyecto Cholula de 1966 dirigido por Miguel Messmacher, cuyo posicionamiento crítico frente a la “vieja escuela mexicana de arqueología” le ocasionó la cancelación del proyecto.

Entre los objetivos planteados por el proyecto Tula, se concibió abordar el estudio de las etapas prehispánica, colonial y moderna respecto a sus cambios cualitativos y cuantitativos, tomando como marco de referencia los factores económico y superestructural en su proyección a escala regional, en este caso la Teotlalpan, situada hacia la porción central de la cuenca del río Tula. La crítica sustentada por Eduardo Matos Moctezuma, en aquellos años, centraba su atención en el énfasis que se había dado a la reconstrucción monumental, aspecto que, en su opinión, ocasionó la pérdida del enfoque social de la arqueología (Matos Moctezuma, 1974).

Bajo esta concepción se propuso estudiar no sólo la llamada microárea, definida por el “centro ceremonial”, sino también aquellos otros sitios que mantuvieron estrecha relación con Tula, en un intento por establecer cronologías relativas y su caracterización. En este contexto, se tomó la decisión de trabajar en el conjunto habitacional de Dainí bajo la supervisión de Agustín Peña Castillo, sitio localizado a 1.5 km, aproximadamente, hacia el norte del centro ceremonial, donde Guillermo se incorporó al equipo de trabajo para realizar trabajos de prospección y análisis de materiales (Peña Castillo y Rodríguez, 1976), dado que, desde el 1 de septiembre de 1974 formaba parte de la plantilla de investigadores del Departamento de Monumentos Prehispánicos.

Salvamento en Presa Cerro del Oro

Ese mismo año de 1974 y como parte de los programas estratégicos que desarrollaba el gobierno federal, se inició la construcción de la presa Cerro del Oro, en la confluencia de los estados de Oaxaca y Veracruz. Dada la magnitud de la obra y con el apoyo del ingeniero Jorge A. Tamayo, vocal ejecutivo de la Comisión

del Papaloapan, el INAH tuvo oportunidad de formular un amplio programa de salvamento bajo la dirección de Agustín Peña Castillo. Conviene recordar que por aquellos años se reorganizó la Sección de Salvamento, originalmente en el Departamento de Prehistoria para incorporarse al de Monumentos Prehispánicos dirigido por Eduardo Matos Moctezuma. Desde allí se establecieron técnicas específicas para estudios regionales, soportadas con el auxilio de fotografía aérea y excavaciones selectivas, cuya sección estuvo a cargo de Jorge Gusynier Alonso.

Ese mismo año, Agustín efectuó una inspección preliminar durante la primera quincena de octubre. Una revisión del informe permite situarnos en el contexto de los problemas considerados pertinentes, particularmente porque la zona de embalse afectaba una porción del área nuclear olmeca, definida entre los cursos del Papaloapan, en Veracruz y el Tonalá, en Tabasco. Kent Flanery había localizado, durante sus recorridos en los valles centrales de Oaxaca, restos del Preclásico de filiación olmeca, llegados probablemente siguiendo la ruta de la Chinantla. Durante el periodo Clásico, esta última región mostraba influencias teotihuacanas y zapotecas, mientras que hacia el Posclásico, destacó la presencia de chinantecos en el distrito de Tuxtepec, época durante la cual los aztecas mantuvieron control sobre este amplio territorio. Los estudios en aquella región habían sido parciales, lo cual significaba una valiosa oportunidad para llenar los vacíos existentes mediante prospecciones sistemáticas y excavaciones controladas que permitieran el estudio de procesos sociales.

La Chinantla se localiza en la planicie costera del Golfo, sobre la fértil cuenca baja del Papaloapan, antiguamente ocupada por los distritos Cuicatlán, Tuxtepec y Choapan. En esta región, la atención del proyecto, formalizado hacia finales de año, se enfocó hacia la porción norteña: Ojitlán y Usila. Conviene recordar las numerosas críticas que esta obra de infraestructura recibió, particularmente por el desalojo que implicaba la reubicación de casi 22 000 chinantecos de la

zona de San Lucas Ojitlán hacia Uxpanapa, como se consignó en diversos estudios de la época (Sánchez, 1974).

Las evidencias apuntaban que alrededor del año 1300 d.C., la región era ocupada por asentamientos dispersos agrupados en dos señoríos: Chinantla Grande y Chinantla Pichinche. El primero hacia el poniente, cuyos restos yacen en las inmediaciones del poblado San Felipe de León, subdividiéndose más tarde, hacia 1464, para dar origen al grupo de Guatinicames que fundaron los pueblos de Huaxotla, Leque-xola, Zacatepec y Oyancitepetl y de los cuales se conservan referencias del siglo XVI.

Paul Henning había explorado, en 1912, Pueblo Viejo al sur de Tuxtepec, donde localizó rasgos mixtecos. Para 1916 Enrique Juan Palacios exploró El Castillo en la misma región. Juan Valenzuela y Lorenzo del Peón Caso exploraron en 1942 Arroyo Tlacuache, donde localizan tumbas con objetos mixtecos y retomaron la exploración de El Castillo. Finalmente, en 1953, Agustín Delgado exploró en la Chinantla los sitios de Cuasimulco, Loma Colorada y Monte Flor.

Entre los planteamientos propuestos por Agustín Peña Castillo destacaba la comprensión del proceso de transición de niveles de agricultores incipientes a sociedades aldeanas, dada la fuerte presencia de cerámicas de clara filiación Preclásica, como Tres Zapotes y La Venta.

Al iniciar el año de 1975 se integró el equipo de trabajo con Enrique Terrones González, María del Carmen Rodríguez M., Sergio Gutiérrez Franco, Ignacio León Pérez y Guillermo, quien se haría cargo de la prospección y topografía. Los primeros meses del año fueron dedicados a investigación documental, análisis cartográfico y fotointerpretación. A mediados de abril el equipo se encontraba en campo.

De esta época se conserva, aunque incompleto, el diario de campo de Guillermo en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de

Arqueología. En él se refleja su cercana participación con los estudios preliminares y su aproximación hacia el trabajo de campo; destaca en este sentido, la identificación, en Arroyo Tlacuache, de la tumba que años atrás había explorado Del Peón Caso y Valenzuela. Sus primeros escritos están vertidos en un lenguaje coloquial y reiterativo, cuyo tono remite a la conversación con el amigo a quien narra las experiencias y anécdotas de la jornada, donde las palabras parecen insuficientes para describir el mundo que se le ofrece a la mirada atenta. Alguno de sus párrafos recuerdan vagamente los relatos de aquellos viajeros del siglo XIX, y en ese tono describe su encuentro, en Santa Rosa, con el presidente del Comisariado Ejidal, quien, en palabras de Guillermo, “les otorga amplios poderes para caminar e investigar por el pueblo y sus alrededores”, incluso, los acompaña durante largo rato.

El resto del año lo dedicará al análisis de la cerámica bajo la asesoría de Florencia Müller, jefa de la Ceramoteca del Departamento de Prehispánicos; también participa en el seminario que se organiza en las oficinas de Prehispánicos, donde el equipo de trabajo analiza y discute los diversos problemas que plantea el proyecto.

El proyecto Cuenca de México

Hacia finales de 1975, mientras Guillermo desarrollaba sus actividades en la presa Cerro del Oro entre los chinantecos, en el Departamento de Monumentos Prehispánicos Jürguen Brüggemann se encargaba de estructurar el ambicioso proyecto Cuenca de México y organizar el equipo de trabajo, cuyo antecedente inmediato era justamente el programa iniciado desde el Departamento de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas para delimitar sitios reportados en el Ajusco, Los Reyes, Tlapacoya y Acozac.

El objetivo central del proyecto planteaba la importancia de recuperar, sistemáticamente, la información arqueológica derivada de estos sitios condenados a desaparecer bajo la amena-

zante expansión urbana. En este sentido y quizás lo novedoso de la propuesta para su momento, radicaba en estudiar los sitios de manera planificada y no a través de rescates, con alcances claros en cuanto a la investigación y con el apoyo de un equipo interdisciplinario, aspecto que permitiría conocer su distribución temporal y espacial a partir de modelos explicativos.

Este procedimiento implicaba caracterizar los asentamientos e identificar el área nuclear con su entorno productivo mediante estudios estratigráficos, paleodemográficos y seriaciones cerámicas, entre otros aspectos, bajo el enfoque de modelos explicativos construidos desde el materialismo histórico que, a diferencia de las variantes del positivismo, sus premisas partían de la naturaleza biológica del hombre a través de la cual se intenta definir su dimensión histórica y social.

El proyecto contemplaba la publicación de estudios de caso, cuya posterior correlación permitiría la construcción teórica en cuanto al desarrollo social y cultural de la Cuenca de México. Resulta oportuno señalar que el proyecto contó con el apoyo de un interesante grupo experimental de investigación, organizado en el Departamento de Prehistoria: el Taller de Adiestramiento Avanzado en Arqueología (TAAA), cuyos estudiantes, bajo la dirección de los profesores Pedro Armillas, Jeffrey R. Parsons, William T. Sanders y Richard E. Blanton, elaboraron un primer listado de asentamientos para Teotihuacan, Texcoco, Iztapalapa, Chalco-Xochimilco y Zumpango.

Si bien el proyecto de Jürguen y la formulación del modelo etnohistórico se encontraba en proceso, el programa de rescate se mantenía vigente, al cual se integraron Alicia Blanco, Humberto Besso-Oberto y Gerardo Cepeda, este último para atender un salvamento en Azcapotzalco. Las crecientes obras de infraestructura y las expectativas generadas por el proyecto Cuenca de México rápidamente se conocieron entre el reducido medio estudiantil, lo que facilitó la incorporación de otros estudiantes al progra-

ma como Margarita Treviño, Estela Ivonne Saldaña Hernández, Carolyn Baus Reed de Czitrom y Pedro Ortega Ortíz.

Al año siguiente, en 1976, Jürguen formalizó el proyecto para poner a prueba sus modelos arqueológicos experimentales. En su primera etapa, el modelo propuesto se planteaba desde la dicotomía: estructura urbana/estructura aldeana, cuyos indicadores deberían reflejar las relaciones de producción a partir de la identificación de áreas de producción agrícola, formas de explotación del medio ambiente, sistemas de control, actividades ceremoniales y organización religiosa.

Así las cosas, el proyecto se organizó a partir de cuatro secciones de trabajo. El programa de rescate a cargo de Humberto Besso-Oberto, el programa de investigación arqueológica coordinado por Jürguen Brüggemann, el programa de investigación etnohistórica dirigido por Eduardo Corona y un área de apoyo, el laboratorio de análisis de material arqueológico bajo la responsabilidad de Constanza Vega. Al programa de rescate se incorporaron Lilia Trejo de la Rosa para Tláhuac, Humberto Domínguez en Ecatepec y Rosalba Nieto Calleja para la delegación Xochimilco.

De particular importancia para el proyecto fue el estudio de la región chinampera en Tláhuac y Xochimilco a cargo de Graciela Lechuga Solís, al cual se incorporó Guillermo en el mes de marzo para realizar prospecciones en el Ejido Japón, cuyos objetivos planteaban la identificación arqueológica de recursos humanos a partir de estudios paleodemográficos, y de recursos ambientales a partir de estudios paleobotánicos. Conforme al modelo propuesto, la identificación arqueológica de los medios de producción debería entenderse mediante los sistemas de producción agrícola, instrumentos de trabajo, conocimientos astronómicos, calendáricos, etnobotánicos y sistemas constructivos.

En cuanto a la identificación arqueológica de las relaciones de producción, se hacía necesario

localizar los campos de cultivo así como talleres y su relación con la configuración urbana, esta última identificada por sus espacios militares, políticos, religiosos y aun étnicos, aspecto que podría ser deducido por sus relaciones proximales. Resulta evidente, a partir de estos planteamientos, la cercana influencia de Pedro Armillas y Ángel Palerm. Entre abril y julio, Guillermo colaboró con Graciela y también se delimitaron sitios en San Gregorio Atlapulco y en julio se trasladaron los materiales a la ceramoteca de Tecamachalco con Florencia Müller para clasificar el material.

San Jerónimo y la arqueología histórica

A mediados de 1976 dio inicio la obra de restauración en el claustro del ex Convento de San Jerónimo, realizada conjuntamente entre la Secretaría de Obras Públicas y la Secretaría de Patrimonio Nacional. Entre las primeras actividades se tenía previsto recimentar las pilastras que enmarcaban el patio construido hacia finales del siglo XVIII, de tal manera que al horadar el patio, quedaron al descubierto restos arquitectónicos del antiguo convento. La importancia del hallazgo motivó a Guillermo Bonfil Batalla, entonces director general del INAH, a promover la integración de un equipo multidisciplinario de investigación.

Al finalizar el mes de julio, Eduardo Matos Motezuma solicitó a Guillermo y otros compañeros de Prehispánicos —Hilda Castañeda Saldaña y Manuel Gándara Vázquez—, su incorporación al equipo de trabajo, solicitud que respondía a la visión de Augusto Molina Montes, entonces director de Monumentos Históricos, para que fuesen los arqueólogos quienes efectuaran y controlaran las calas y pozos de sondeo. La coordinación del proyecto quedó en manos de Roberto García Moll.

Mientras se realizaban los trabajos de rescate, Guillermo recibió su carta de pasante el 13 de septiembre de 1976, expedida por el inolvidable y muy querido maestro Javier Romero

Molina, quien se desempeñaba como director de la ENAH.

Así, bajo la coordinación de Roberto García Moll, Ramón Carrasco Vargas y Guillermo iniciaron las excavaciones de rescate en agosto de 1976 en el sector denominado Gran Claustro. Dado que el propósito era recimentar los pilares del antiguo convento, se planteó la realización de una cala perimetral al pie de los mismos. Mediante las primeras horadaciones que habían practicado personal de la Secretaría de Obras Públicas, se tenía la certeza de localizar muros y elementos que integraban las casas del convento durante los siglos XVII y XVIII. Paralelamente, se realizaron calas en muros y se retiraron aplados modernos de cemento para determinar las modificaciones del inmueble a lo largo de su evolución arquitectónica.

De esta manera quedaron expuestos vanos de puertas y ventanas, basas de columnas que delimitaban antiguos corredores, brocales de pozos, arranques de escalinatas, hornillas y tinas de barro vidriado entre otros elementos arquitectónicos. Hacia febrero de 1977 se concluyó la primera fase del rescate, cuya valoración, dada la importancia de la información recuperada, llevó a replantear el programa de salvamento para transformarlo en un proyecto de investigación más amplio y a largo plazo, pues la exploración de contextos coloniales se vislumbró como una oportunidad excepcional. Por otra parte, también se argumentó la necesidad de recuperar la información relativa a los materiales y sistemas constructivos, así como a la organización y distribución de espacios, elementos a partir de los cuales debería fundamentarse la propuesta del proyecto arquitectónico para su rehabilitación.

Bajo esta nueva perspectiva, Guillermo decidió iniciar la elaboración de una propuesta como trabajo de tesis profesional, entre cuyos objetivos, siguiendo los enfoques del materialismo histórico, comunes durante esta época, planteó analizar la formación socioeconómica prehispánica (azteca), la formación socioeconómica



● Foto. 2 De izquierda a derecha: María de la Luz Moreno Cabrera, Ramón Carrasco Vargas, Ana María Álvarez Palma y *El Guarús*, San Jerónimo, 1977 (Fotografía D. Juárez).

europea (feudal) y la colonial, está última como una nueva formación socioeconómica surgida por la unión de dos culturas, aspecto que, en su opinión, le permitiría comprender el funcionamiento del convento y sus relaciones con el “mundo exterior”.

El Departamento de Salvamento Arqueológico

Al despuntar la década de los años ochenta, diversas obras de infraestructura emprendidas por el gobierno federal, entre las que destacaban fundamentalmente presas y gasoductos, impulsaron el desarrollo de numerosos programas de rescate y salvamento. Por aquellos años, Guillermo había concluido su participación en los trabajos de exploración en San Jerónimo y decidió incorporarse al Departamento de Salvamento Arqueológico, donde, dada su experiencia, fue comisionado para realizar trabajos de prospección en Teotitlán del Camino, Oaxaca.

Este lapso, que quizá podríamos considerar como un breve receso, fue aprovechado para ordenar materiales y lecturas enfocadas a la redacción de su tesis “Arqueología monacal: un caso en la Ciudad de México, ex Convento de San Jerónimo de los siglos XVI al XIX”, cuya defensa realizó el 14 de noviembre de 1981 ante el

jurado presidido por Arturo Romano Pacheco, Noemí Castillo Tejero, Eduardo Merlo y Gonzalo López Cervantes, quienes lo aprobaron por unanimidad y le otorgaron el reconocimiento *Cum Laude*. Antes de finalizar el año, fue comisionado para dirigir el salvamento originado por la construcción del gasoducto en su tramo Uruapan a Lázaro Cárdenas en Michoacán, trabajo que se extendió hasta 1983.

Poco antes de concluir el sexenio lopezportillista, tres proyectos coyunturales se encontraban en marcha:

Templo Mayor, Teotihuacan y San Jerónimo, los cuales, por diversas circunstancias y ante la discusión generada en su entorno, impactaron el ámbito académico. En el caso de San Jerónimo, la información derivada del proceso de investigación, tanto arqueológica como documental, supuestamente debería orientarse al análisis y discusión sobre los criterios a seguir durante el proceso de restauración, cuyo proyecto estaba a cargo de Manuel Sánchez Santoveña. Si bien muchas de las intervenciones no se apegaron a la normatividad internacional, la crítica posterior fue alimentada por los excesos en la reconstrucción; no obstante, haber realizado una excavación de tal magnitud, marcó la diferencia, ya que numerosos programas de conservación, realizados en el marco del rescate del centro histórico de la Ciudad de México, buscaron el apoyo de la investigación arqueológica. No debemos perder de vista el contexto en el que ocurrieron estas discusiones, particularmente cuando circulaban documentos de carácter internacional que pretendían regular la intervención en sitios y monumentos patrimoniales, como la Carta de Venecia y las Normas de Quito.

San Jerónimo reveló una rica información respecto a la evolución arquitectónica del conjunto conventual a lo largo de tres siglos, observada

en los diferentes niveles de piso que podían reconocerse en la “estratigrafía”, producto de las diversas modificaciones a su traza; también en cuanto a la recuperación de una importante colección de vasijas y otros artefactos relacionados con la vida cotidiana de las monjas en clausura. A ello debemos agregar, de manera significativa, el estudio de archivos y fuentes documentales, cuyo análisis puso en perspectiva otra manera de aprehender los contextos, más acorde quizás, con los planteamientos de la historia de las mentalidades o la microhistoria, por mencionar sólo algunos de los enfoques novedosos.

Resulta claro entonces, atribuir al interés de algunos arquitectos e investigadores, la organización de una modesta Sección de Arqueología Histórica al interior de la Dirección de Monumentos Históricos en 1980, aspecto que favoreció la participación de arqueólogos en diversos programas de conservación. Entre los trabajos más destacados que recordamos de aquellos años, fueron la exploración de la Acequia Real a cargo de Elsa Hernández Pons; la localización del emplazamiento ocupado por la Catedral primitiva, cuya tarea fue realizada por Alejandra Rodríguez Díez y Guadalupe de la Peña Vilchez; excavaciones en los ex conventos de San Juan de Dios y Grande de San Francisco, bajo la responsabilidad de Marisol Sala Díaz y Daniel Valencia; así como la Casa del Marqués del Apartado y el ex convento de Santa Teresa la Antigua, ambos dirigidos por Elsa Hernández Pons. Conviene acotar, como así lo señala Elsa en su balance (Hernández, 1996), que una parte significativa de los programas desarrollados al interior de la Dirección de Monumentos Históricos no se formalizaron mediante la elaboración de un proyecto, así como tampoco fueron entregados los informes respectivos, lo que ocasionó la pérdida de valiosa información.

Muy por encima de lamentaciones para quienes resulten corresponsables ante tales hechos, la experiencia mostró que el número de investigadores rápidamente resultó insuficiente para

atender la creciente demanda de rescates originada por la especulación de predios urbanos, situación que, por otra parte, impulsó la creación, en el Departamento de Salvamento Arqueológico, de la Sección de Arqueología Histórica encabezada por Guillermo, cuyo propósito, según su visión, no debería limitarse al trabajo rutinario sino que debía propiciar la formación de investigadores, altamente capacitados en este campo.

De aquellos años, sólo nos limitaremos a esbozar un recuento de su participación en la Sección, pues gran parte de los materiales se hallan dispersos o resultan de difícil acceso. Durante este lapso se efectuaron excavaciones en el anexo de la casa de los condes de Heras y Soto, entre 1983 y 1984, con el propósito de adecuar los espacios para instalar allí el Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México.

En 1984 se realizaron exploraciones en el atrio del ex Convento de la Asunción, en la delegación Milpa Alta. Al año siguiente, el salvamento en el antiguo Colegio Carmelita de San Joaquín en la delegación Miguel Hidalgo. Como parte de las acciones encaminadas, primero a la beatificación y después canonización de Juan Diego, se practicaron excavaciones en el predio atribuido a su casa y conocido como El Cerrito, donde se localiza la capilla dedicada a la quinta aparición de la Virgen de Guadalupe en el municipio de Cuauhtitlán de Romero Rubio, Estado de México. En el pueblo de San Mateo Iztacalco, municipio de Cuauhtitlán Izcalli, se exploró el atrio del templo parroquial con el propósito de localizar la barda. Algunos sondeos en la capilla de San Antonio y de los Santos Lugares, perteneciente al Convento Grande San Francisco, en las calles Eje Central —antes San Juan de Letrán— y Venustiano Carranza, así como en el ex Colegio Jesuita de Cristo, en Donceles 99.

En 1986 se realizaron sondeos en una construcción civil con restos de arquitectura del siglo XVIII en la calle de Limón 16, situada en el ángulo sudoeste de la Plazuela de la Santa Cruz y

Soledad de Nuestra Señora. También se trabajó en lo que fuera la residencia de los marqueses de Aguayo, localizada en República de El Salvador, Roldán y Talavera. Se iniciaron exploraciones que se extendieron por cuatro años, en el ex Colegio Jesuita de San Francisco Javier, sede del Museo Nacional del Virreinato en Tepotzotlán.

En 1987, en la casa de Leona Vicario, anexa al Palacio de Inquisición en República de Brasil y Colombia, espacio que sería destinado al Museo Juan Cordero del INBA. La casa de Torres Quintero 17, inmueble del siglo XIX atribuido al arquitecto Lorenzo de la Hidalga frente al templo de San Sebastián para instalar el Museo del Deporte. La casa de Topacio 11, en Misioneros y Topacio al sur de la Plaza del Aguilita. La casa de Regina 143 que se destinó a jardín de niños. Paralelamente a la coordinación, supervisión y apoyo a estas actividades, Guillermo fue nombrado representante, por la Dirección de Salvamento Arqueológico, ante el Consejo de Arqueología, cargo que desempeñó hasta 1989.

En 1988 se trabajó en el ex Convento de Santa Inés, en Academia 13, cuyos espacios mostraban adaptaciones atribuidas al arquitecto Manuel Tolsá y sería destinado al Museo José Luis Cuevas. En el antiguo edificio del Real Estanco de Tabaco, conocido como La Ciudadela, Carlos Salas realizó un amplio rescate. Hacia mediados de año dieron comienzo las exploraciones en el Palacio Arzobispal, en Moneda 14. Este último inmueble albergaba oficinas de la Secretaría de Hacienda y era restaurado por la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología. Anteriormente, Guadalupe de la Peña Vilchez había practicado algunas calas y pozos de sondeo en los corredores y el patio, sin embargo, la información recabada aún era insuficiente para comprender la organización de los espacios arquitectónicos. Guillermo asumió entonces la dirección del proyecto, entre cuyos resultados destacan, además de localizar restos de las construcciones civiles del siglo XVI, presumiblemente propiedad de los conquistadores Martín López y Andrés Nuñez, parte de lo que fuera

la traza del Arzobispado Metropolitano y cárcel de la inquisición; pero indudablemente, el hallazgo que acaparó la atención, fue el cuauhxicalli de Moctezuma I, cuyos resultados fueron dados a conocer rápidamente (Pérez Castro *et al.*, 1989).

En 1989 Carlos Salas y su equipo iniciaron los trabajos en el ex Convento de la Encarnación, Aduana Mayor y Consulado, sede de la Secretaría de Educación Pública, mientras Guillermo se ocupaba del salvamento en la Casa de la Primera Imprenta de América, en Moneda y Licenciado Verdad, edificio bajo la custodia de la Universidad Autónoma Metropolitana y que sería destinado a centro cultural de educación continua. En este último inmueble se reportó una pieza escultórica con la representación de una cabeza de serpiente, similar a la registrada en la casa de los Condes de Santiago de Calimaya (Pérez Castro, 1990). Esta casona es interesante ya que su fábrica original parece remontarse al año de 1524, sobre un solar cedido al conquistador Andrés de Soria y aparentemente situado sobre una estructura del recinto dedicado a Tezcatlipoca. Para 1527 la construcción albergó un obraje donde se fundieron las campanas de la catedral primitiva, por lo que el sitio se conoció como Casa de las Campanas. Hacia 1536 se transformó en el taller de imprenta fundado por Joan Paoli que funcionó hasta bien entrado el siglo XVII, cuando fue adquirido por el Convento de Santa Teresa de la Orden de Carmelitas Reformadas.

Finalmente, los últimos trabajos de los cuales tenemos referencia, corresponden al inicio de la década de los años noventa, cuando se intervino el ex Convento Franciscano de San Gregorio Magno Atlapulco, en la delegación Xochimilco, y en 1992 las excavaciones en el ex Colegio de Niñas en 16 de Septiembre y Bolívar, sede del Club de la Asociación de Banqueros.

Al recordar la sensible pérdida de Guillermo y repasar a grandes rasgos su trayectoria, quizás el mejor homenaje que podemos ofrecerle consista en revisitar, con actitud de análisis y

reflexión, no sólo la contribución que hizo a la disciplina, sino de manera particular al desarrollo mismo de la arqueología histórica, a la cual dedicó su vida. Esta posición, con toda seguridad, nos ayudará a situar en perspectiva tanto los antecedentes como la proyección de este enfoque específico a lo largo de poco más de tres décadas, donde Guillermo, sin duda alguna, fue uno de sus impulsores.

Este recuento y reencuentro a su vez, deja también de manifiesto una obra trunca, dispersa y en su mayoría inédita. Apenas en esta semblanza hemos citado unos cuantos trabajos que fueron publicados en las revistas *Arqueología* y *Actualidades Arqueológicas*, sin embargo, en los archivos de la Coordinación Nacional de Arqueología y de Salvamento, se conservan algunos escritos que Guillermo preparaba para su publicación durante los últimos años de su vida; escritos que esperaban su paciente revisión limitada por el severo padecimiento que lo sumió en la oscuridad; escritos que corregía apoyado por sus padres y hermana, quienes, transformados en amanuenses, se dedicaron a registrar la luz de su memoria.

Guillermo falleció el domingo 17 de agosto del 2003, descanse en paz...

Bibliografía

- Hernández Pons, Elsa
1996. "Arqueología histórica en México: Antecedentes y propuestas", en Enrique Fernández Dávila y Susana Gómez Serafín (coords.), *Primer Coloquio de Arqueología Histórica*, México, Conaculta, INAH, pp. 1-26.
- Matos Moctezuma, Eduardo (coord.)
1974. *Proyecto Tula, primera parte*, México, INAH-SEP.
- Núñez Montesinos, Eduardo
1996. "Entrevista con Guillermo Pérez Castro Lira", en *Actualidades Arqueológicas*, núm. 9, noviembre-diciembre, México, ENAH, pp. 13-14.
- Peña Castillo, Agustín y Ma. del Carmen Rodríguez
1976. "Excavaciones en Dainí, Tula, Hidalgo, en

Eduardo Matos Moctezuma (coord.), *Proyecto Tula, segunda parte*, México, INAH-SEP.

- Pérez Castro Lira, Guillermo
1989. "Noticias sobre la arqueología histórica", en *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 211-216.
- Pérez Castro Lira, Guillermo *et al.*
1989. "El Cuauhxicalli de Moctezuma I", en *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 131-151.
- Pérez Castro Lira, Guillermo
1990. "Una escultura mexicana en la antigua casa de la imprenta", en *Arqueología*, núm. 2, segunda época, México, INAH.
- Sánchez, Bartolomé
1974. "El desalojo de los chinantecos", en *Estudios Indígenas*, vol. III, núm. 4, México, INI.

